

TUCHO BALADO

LA VERBENA DE SAN JUDAS

ven **y** te lo cuento ediciones

A mi Milita
y a mis hijos,
Gerónimo y Carolina

Cuando la vida se toma
dos copas de más,
no siempre da positivo.
Te lo aseguro.

Mi nombre es Mauricio Desusso y a pesar de mi apellido, ni soy portugués ni italiano ni argentino. Es más, he curioseado en mi árbol genealógico y no he encontrado un solo ancestro que pudiera confirmar lo contrario. Escribo guiones de cine y con ello me gano la vida, unas veces muy bien y otras de puta pena, pero no me puedo quejar: soy dueño de mi tiempo.

Todo lo que os voy a contar sucedió durante el transcurso de mi primer año y parte del segundo en **Déjame tranquilo**, la urbanización de los inadaptados sociales del momento.

El convincente lema de su reclamo publicitario: “Vive y calla”, nos había vendido y comprado a la vez la casa y el alma a cada uno de los residentes.

Polvus interruptus

Había soplado con fuerza un viento del noreste bastante húmedo y normalmente, al cabo de unas horas solía descargar una corta y copiosa lluvia. En ésas estábamos, cuando un ruido ensordecedor ocupó totalmente mi capacidad auditiva y me dio un susto de cojones. La onda expansiva que generó, destrozó varios cristales de las casas de enfrente, dos de la marquesina de la mía y, a lo peor también, los de algún coche aparcado a la puerta de su garaje.

Ni se inmutó. Estaba buenísima. Posiblemente sorda como una tapia. O quizá se lo hacía, o quizá no. ¡Qué más daba! Sin embargo, me resultó muy extraña la nula reacción tanto de ella como del vecindario. Pronto empezaría a anochecer y nadie salió a la calle ni se asomó siquiera a la ventana para satisfacer mínimamente su curiosidad. A mí eso me traía sin cuidado, pero desde luego, no dejaba de resultar bastante insólito.

La verbena de san Judas

Me tomé un respiro, apuré una cervecita y poco a poco reinicié el cuerpo a cuerpo en el que me encontraba enfrascado minutos antes. Pero había quedado descolocado y ella, consciente de mi falta de concentración, optó por enroscarse el pareo, enchufar la tele y pasar de mí hasta mejor ocasión.

Transcurridas un par de horas dieron las noticias locales, y nada. Parecía que yo era el único que había oído el estruendo. Bueno, pues vale. Pero dudé, volví a mirar fuera y allí estaban los cristales rotos esparcidos por el suelo como prueba irrefutable de mi cordura.

Al volverme, reafirmé una vez más el gran atractivo de Teresa. Sentada sobre la cama, con las piernas juntas y abrazadas, y la barbilla apoyada en sus rodillas, estaba espléndida. Mantenía ensimismada la mirada fija en el anuncio de un poderoso todoterreno capaz de todo, hasta incluso de follársela –tal vez pensaba ella después de su exitosa tarde conmigo–.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció apático como siempre, Matías Martínez, mi perro, cruce de foxterrier y cangrejo o algo parecido, mirándome asombrado con esa cara de crustáceo hervido que le caracterizaba -sobre todo cuando se desorientaba y perdía el control horario de sus papeos-.

Y ahí estaba yo, entre la bella y la bestia, totalmente desconcertado, la nevera y el estómago vacíos y la necesidad imperiosa de salir a cenar algo lo antes posible.

Salimos por la parte de atrás, subimos al coche y arrancamos hacia el centro. Conducía Teresa y yo la observaba. Me encantaba su personalidad y cada día admiraba más su inteligencia. Notaba que esas sensaciones, su modo de entender la vida, su cuerpazo y su extraordinaria belleza, estaban alterando mis más profundas convicciones de libertad. Mientras me recreaba en esos pensamientos, Matías llamó mi atención. Acomodado sobre sus patas traseras y con la cabeza asomada por la ventanilla, parecía casi humano. Con gran parsimonia, iba disfrutando a la vez del paisaje nocturno y del placer de respirar aquel aire tan puro que queda después de un fuerte aguacero.

Logramos aparcar, conseguimos mesa para dos y Matías quedó de vigilante. El restaurante, uno de los de moda del momento, estaba a tope. La gente charlaba animada, y nadie parecía estar pendiente de nadie, hasta que entramos.

Ya estaba acostumbrado, pero aún así no dejaba de sorprenderme: la mayoría de los tíos y alguna de las tías, se la comían. Otras, por el contrario,

la repasaban de arriba abajo buscando ansiosas sin lograrlo, el más mínimo detalle que pudiera motivar la deseada crítica.

Nos sentamos y pedimos. Y comimos y bebimos. Y nos relajamos. Bueno, me relajé yo, porque ella pasaba de todo. Hablaba poco, lo justo, según con quién y la ocasión. Conmigo era capaz de mantener grandes silencios que a veces le agradecía u ofrecerme la más suculenta de las conversaciones con ingredientes cargados de sentido del humor y ocurrencia.

Pedí los cafés y, al hacerlo, me di cuenta de que en la mesa de atrás dos reprimidas y tres idiotas que se las daban de progres ya con media cogorza cada uno, trataban de provocarnos haciendo en voz alta burdos comentarios sobre nosotros que celebraban al unísono con estúpidas risitas forzadas, —supongo que pretendiendo ocultar las dolorosas expresiones de estreñimiento permanente que sus múltiples contradicciones internas, aún por resolver, reflejaban nítidamente en sus caras—.

Lo mejor hubiera sido ignorarlos, como acostumbraba a hacer en esos casos. Sin embargo, ese día el cuerpo me pedía guerra y esos soplapollas me lo ponían a huevo. Pero en cuanto Teresa intuó mi intención de ponerme en pie, rápidamente,

adivinando mi cabreo y para evitar los problemas que en esas situaciones solemos crearnos la mayoría de los componentes de mi género, me sujetó por el antebrazo con fuerza contra la mesa y guiñándome un ojo, acercó su hermosa cara para decirme:

—*Tú pide la cuenta, y luego, por favor, deja que me encargue yo.*

En cuanto pagué, me dirigió una pícaro sonrisa de complicidad y haciendo acopio de toda la tranquilidad del mundo y ayudada por los efectos del vino, apartó un poco su silla para que pudieran observarla mejor, estiró completamente las piernas y, muy despacio, comenzó a subirse la falda hasta dejar ver sus maravillosos muslos, sólo a ellos. Y sin dejar de mirarles se fue quitando, con más lentitud si cabe, una preciosa braguita de seda verde oscuro. A continuación nos levantamos para irnos y al pasar junto a su mesa, Teresa, altiva a la vez que divertida, dejó caer en ella el delicado fetiche.

—*Gilipollas* —musitó—.

Nada más salir, a manotazos, cayeron sobre la prenda.

Y encima, los cinco con derecho a voto. Me imagino.